La Comédiathèque

UN BULEVAR

SIN SALIDA

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Un bulevar sin salida

Jean-Pierre Martinez

Fernando y María Blanco sueñan con casar a su hija Clara con Gonzalo de la Vega, hijo de la alcaldesa, que confía en ser reelegida. Pero, entre ambiciones políticas, secretos de familia y un bulevar que no lleva a ninguna parte, esta comedia parece tener pocas salidas...

Personajes
Fernando Blanco
María Blanco
Clara Blanco
Alejandra (o Alejandro) de la Vega
Gonzalo de la Vega
Inspector o inspectora Colomo

6 personajes – Repartos posibles

4H/2M, 3H/3M, 2H/4M

© La Comédiathèque

En un pueblo de provincias, el salón de una casa acomodada. Clara, una joven de veintitantos años, entra en pijama. Se deja caer en el sofá y enciende el televisor. Va cambiando de canal hasta encontrar un informativo sobre la subida del nivel del mar a causa del calentamiento global. Entra su madre, María, con cara de catástrofe.

María – ¡Es una catástrofe!

Clara quita el sonido del televisor.

Clara – ¿Qué? ¿El calentamiento global?

María – ¡Pues de momento el agua está subiendo en nuestro cuarto de baño! El váter se desborda y ya ha llegado al pasillo. ¿No te has dado cuenta?

Clara – No...

María – Como esto siga así, vamos a tener que ir en góndola por casa.

Clara – Eso te recordará tu viaje de luna de miel.

María – Sí... Tu padre me llevó a una pensión en un pueblo perdido. Y ya entonces tenía problemas con las cañerías.

Clara – ¿Papá?

María – Encerrado en el despacho con su uróloga.

Clara – Ya sabes que cuando papá se encierra en el despacho con su uróloga no se le puede molestar. Pero ¿no decíais que habíais ido a Venecia de luna de miel?

María – Eso es lo que cuenta tu padre. Según él, también me casé de blanco y por la Iglesia.

Clara – ¿No es verdad?

María – La verdad, hija, es que tu padre me dejó embarazada y luego... En fin. Otra vez me va a tocar hacerlo todo a mí.

Clara – ¿Reparar la fuga?

María – ¡Llamar al fontanero!

María sale.

Clara *(al público, con una sonrisa enternecida)* – Cuando pienso en mis padres, lo primero que me viene a la cabeza es... *(Se le borra la sonrisa.)* ¿Cómo pueden ser tan idiotas?

Vuelve a poner el sonido del televisor. Suena su móvil. Quita el sonido y contesta.

Clara – Secretaría del Frente Nacional de Izquierdas, dígame... Ah, Sabrina, eres tú. Sí, tranquila, he impreso los folletos... Vale, los panfletos, si te gusta más. ¿Sabes algo de Karim? Es nuestro cabeza de lista para las municipales. Le he dejado varios mensajes, pero... *(Se queda helada.)* No... No me digas... ¿Él también? ¿Cómo ha sido? ¡Qué horror!

María vuelve.

María – Ya está, he llamado al fontanero. Dicen que mandan a alguien en una hora.

Clara – Perdona, te llamo luego...

Clara guarda el móvil.

María – ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Clara – Era Sabrina. Karim, mi novio, ha muerto esta noche en un accidente de coche.

María – ¡Qué susto me has dado! Creía que estabas otra vez embarazada, o algo peor.

Clara – Mamá, era un amigo muy íntimo.

María – Siempre pensé que no era un chico para ti.

Clara – ¿Y eso por qué?

María – Para empezar, ¡era más bajito que tú! Imagínate, toda la vida sin poder ponerte tacones.

Clara – Claro... Y, sobre todo, su padre recogía la basura.

María – Y tampoco era muy de misa, si quieres que te diga la verdad... ¿Por qué no vas a vestirte?

Clara – ¿Para qué?

María – ¡Para recibir al hijo de la alcaldesa!

Clara – Perdona, lo había olvidado. Pero, con lo que acaba de pasar, no estoy para visitas.

María – Míralo por el lado bueno: ahora ya no tienes novio. ¡Eres libre como un pájaro!

Clara – Gonzalo de la Vega... ¿Y qué pinta aquí? ¡Si apenas lo conozco!

María – Estabais juntos en el colegio, ¿no te acuerdas?

Clara – Sí, sí.

María – Yo no lo reconocería ni aunque me cruzara con él por la calle. Acaba de volver de estudiar en el extranjero.

Clara – Ah. Entonces habrá cambiado bastante.

María – Aquí ya no conoce a nadie. Y pensé que... Es de muy buena familia. Los de la Vega son alguien en este pueblo.

Clara – ¿Ah, sí? ¿Y eso qué significa?

María – Que no son unos cualquiera, como los amigos que traes tú a casa. Va a llegar de un momento a otro. ¡Y no se te ocurra recibirlo con esas pintas!

Clara – Vale, mamá, me voy a vestir.

Clara sale. María suspira.

María *(al público)* – Los hijos... Ya saben cómo son. Menos mal que estamos nosotros para velar por su futuro... Karim... Si no le hubiera manipulado yo los frenos del coche a ese golfo antes de que dejara embarazada a mi hija... *(En tono confidencial.)* Créanme: quitar de en medio a los pretendientes indeseables sigue siendo el anticonceptivo más eficaz. Y, que yo sepa, la Iglesia todavía no lo ha prohibido.

Fernando entra, abrochándose los pantalones.

Fernando – Hola, querida.

María – Ah, Fernando, he llamado a alguien para ese problema de la fuga.

Fernando – Qué detalle, cariño, pero no hacía falta. Mi uróloga acaba de examinarme.

María – Hablaba de la fuga en el baño.

Fernando – Ah, sí...

María – ¿Estás seguro de que esa mujer es uróloga?

Fernando – ¿Por qué me preguntas eso?

María – No digo que no haya urólogas, pero la tuya tiene más pinta de masajista, ¿no?

Fernando – También ofrece tratamientos alternativos.

María – Ah, ¿por eso venía en camisón? En fin, yo ya he llamado.

Fernando – ¿A quién?

María – ¡Al fontanero!

Fernando – Ah, sí...

El móvil de María suena.

María – Espero que no sea el fontanero para decir que no viene. ¿Diga? ¡Señora de la Vega! Qué alegría oírla. Por favor, es un placer. ¿Gonzalo? Sí, lo esperamos de un momento a otro. ¡Venga usted también a tomar el té! Si la campaña electoral se lo permite, claro... Ah, estupendo. Entonces, mejor un café. Hasta luego, señora de la Vega. Sí, claro... Alejandra. *(Cuelga.)* Era la señora de la Vega. Insiste en que la llame Alejandra. Vendrá a tomar café.

Fernando – Excelente idea. En un pueblo como este, siempre conviene llevarse bien con la alcaldesa. ¿Clara se ha levantado ya? Ya sé que está de vacaciones, pero... Como decía mi madre, ¡el que madruga se levanta antes de mediodía!

María – La he mandado a vestirse. El hijo de la alcaldesa estará al llegar. Lo he invitado a jugar un rato con Clara.

Fernando – Gonzalo, sí. ¿Cuántos años tiene ya?

María – Unos 25.

Fernando – Ah, sí, claro... Debe de haber cambiado un poco desde el colegio.

María – Espero que el fontanero llegue antes que él.

Fernando – O que el pequeño Gonzalo no tenga ganas de ir al baño...

María – Hay que admitir que sería un buen matrimonio, ¿no?

Fernando – Aquí el apellido de la Vega pesa mucho.

María – Al fin y al cabo, es hijo de la alcaldesa.

Fernando – De momento... Que estamos en plena campaña.

María – Los de la Vega llevan generaciones gobernando este pueblo.

Fernando – Y los Blanco llevamos fabricando pipas desde 1824.

María – No veo por qué tendría que cambiar.

Fernando – Además, la alcaldesa tiene un programa electoral que no puede ser más claro. Mira.

Le muestra un folleto electoral, que María lee.

María – «Vote a De la Vega». ¿Y nada más?

Fernando – ¿No te parece convincente?

María – «Vote a De la Vega»... Pues tiene su soniquete.

Fernando – Desde luego, más que «Vote a Blanco». Por eso he renunciado a presentarme.

María – Un día, Gonzalo heredará el sillón de su madre en el ayuntamiento.

Fernando – Y, si nuestra hija se casa con él, acabará siendo la mujer del alcalde.

María – ¿Sabes lo que me contó el carnicero?

Fernando – ¿Qué?

María – Me ha contado que, desde que volvió del extranjero, su hijo se ha hecho vegetariano.

Fernando – ¿El hijo del carnicero es vegetariano?

María – ¡El hijo de la alcaldesa!

Fernando – ¡No me digas!

María – Bueno, ahora parece que lo llaman vegano.

Fernando – Vegano... Suena a secta. O a raza extraterrestre.

María – Desde pequeño ya hacía teatro... Su madre es muy piadosa. Seguro que le molesta.

Fernando – ¿Que haga teatro?

María – ¡Que sea vegano!

Fernando – Mientras no sea terrorista o homosexual.

María – O ambas cosas a la vez.

Fernando – ¿Crees que se puede ser terrorista y homosexual a la vez?

María – Ni idea. Nunca me lo había planteado... No, supongo que no.

Fernando – ¿Y terrorista y vegetariano?

María – No, tampoco.

Se oye un estruendo de obras, incluido un martillo neumático.

María – ¿Qué es ese ruido?

Fernando – Son las obras del nuevo bulevar. Me habré dejado una ventana abierta...

Sale un momento.

María – ¿Un bulevar? ¿En este pueblo? ¡Quién lo iba a decir!

El ruido cesa. Fernando vuelve con un cuadro.

Fernando – ¡Un bulevar! ¡Aquí, en nuestro pueblo!

María – Eso... Nadie podrá decir que vivimos en un simple pueblo.

Fernando – Eso, desde luego. ¿Tú conoces algún pueblo con bulevar?

María – Y es idea de nuestra alcaldesa. Pasará a la historia, seguro.

Fernando – Sí... Sobre todo si ese bulevar lleva su nombre.

María – ¿Bulevar de la Vega?

Fernando – ¿Por qué lo construirían si no?

María – ¡Imagínate que Clara se casa con uno de los De la Vega! ¡Se llamaría Clara de la Vega!

Fernando – Tienes razón...

María – ¡Y también ella tendría un bulevar con su nombre!

Fernando – Nuestra última oportunidad de pasar a la posteridad, María. Mediante un buen matrimonio.

María – Porque me temo que un bulevar Blanco no lo veremos nunca...

Fernando – ¿Quién iba a dedicarle un bulevar a un hombre que ha pasado su vida haciendo pipas?

María – A menos que haya muerto en el campo de honor.

Fernando – Y pensar que mi pobre madre no podrá ver el matrimonio de su nieta...

María – En efecto... Que Dios tenga su alma...

Fernando – Aunque ni siquiera sabemos si ha muerto. Nunca apareció el cadáver.

María – A su edad ya no estaba muy bien de la cabeza. Seguro que cayó al río y se ahogó.

Fernando – Pero ese río es un riachuelo. Habrían encontrado el cuerpo, digo yo.

María – O a lo mejor se fugó.

Fernando – ¿Se fugó? ¡Con noventa y dos años!

María – No sé, quizá conoció a alguien...

Fernando – Todo esto no tiene sentido... A propósito, tengo algo que mostrarte.

Le enseña una reproducción del cuadro de Magritte en el que aparece una pipa bajo la frase «Esto no es una pipa».

María – ¿Qué es eso?

Fernando – Esto no es una pipa.

María – Pues se parece bastante...

Fernando – Sí... Es desconcertante, ¿no? Quiero decir, da que pensar.

María – ¿Pensar? ¿En qué?

Él observa el cuadro, pensativo, mientras ella lo mira con cierta inquietud.

Fernando – ¡En muchas cosas! Por ejemplo... ¿No has notado que cuanto más veces vemos algo, menos sentido tiene?

María – ¿Menos sentido?

Fernando – La tercera vez menos que la segunda, y así sucesivamente, hasta que ya no significa nada.

María – Ahora que lo dices, llevo más de treinta años viéndote todos los días, y cada día me pareces más absurdo.

Fernando – He fabricado pipas toda mi vida, María. Kilómetros y kilómetros de pipas. Y al final... ¿he hecho algo que de verdad merezca la pena?

María – Hombre, una buena pipa entre los labios, después de trabajar, siempre relaja.

Fernando – Jamás imaginé que te oiría decir eso.

María – Pues si quieres darle sentido a tu vida, haz un donativo a una asociación benéfica. Por lo menos nos desgravará.

Fernando – Yo pensaba en algo más radical. Quiero dejar huella, ¿entiendes?

María – ¿Más radical todavía? Me asustas. No estarás pensando en volarte por los aires...

Fernando – ¿Yo? ¿Volarme por los aires?

María – ¡Cometer un atentado suicida, o alguna locura por el estilo!

Fernando – Para empezar, he decidido cambiar de vida. Lo dejo, María. Ya nada tiene sentido para mí. Voy a vender...

María – ¿Vender? ¿La empresa familiar? ¿La Casa de las Pipas? ¡El orgullo de nuestra artesanía y la joya del pueblo!

Fernando – Aspiro a algo más. En el ocaso de mi miserable existencia, quiero hacer algo inolvidable. Algo que mantenga vivo el nombre de Fernando Blanco cuando yo ya no esté.

María – ¿Y qué vas a hacer?

Fernando – Voy a escribir mis memorias.

María – ¡Te has vuelto loco!

Fernando – Entiendo que no apoyas esta noble empresa.

María – ¿Apoyarte? ¡Casi preferiría que te volaras por los aires!

Fernando – No está decidido que vaya a vender La Casa de las Pipas. Tranquila.

María – ¡Ya te digo que no está decidido! ¡Antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver!

Fernando parece dudar ante la idea.

Fernando – Y sobre este cuadro... Podríamos colgarlo allí, en la pared del fondo. ¿Qué opinas?

María – ¿En la pared del fondo? ¡Pero, Fernando, que Alejandra de la Vega viene a tomar café dentro de un rato!

Suena el timbre.

Fernando – No será ella ya, ¿verdad?

María – Voy a abrir. Esconde inmediatamente esa cosa horrible.

Sale. Fernando observa nuevamente el cuadro.

Fernando *(para sí)* – Cuanto más miras las cosas, menos sentido tienen... *(Al público.)* En cambio, cuanto más veo a mi mujer, más ganas me entran de matarla. Debí hacer caso a mi madre... Ahora que lo pienso, nunca he tenido muy claro que María fuera ajena a su desaparición.

Se lleva el cuadro. María vuelve con Gonzalo, vestido con un peto de aire infantil o femenino, aunque alguien tan poco observador como María podría tomarlo por ropa de trabajo.

María – Muchas gracias por venir tan deprisa. Pase. El problema está en el cuarto de baño.

Gonzalo – ¿En el baño?

María – Cada vez que tiramos de la cadena, aquello parece una catarata. Por cierto, ¿dónde tiene las herramientas?

Gonzalo – Es que... No sabía que me habían llamado para...

María – No parece usted muy espabilado. ¿Es aprendiz? ¿Lo han mandado sin terminar la formación?

Gonzalo – No...

María – No me diga que está en reinserción... ¿Acaba de salir de la cárcel? ¿Ha matado a alguien?

Gonzalo – Aún no...

María – Bueno, no me queda otra. Espero visitas. Empiece por asomarse al váter y ver qué pasa.

Gonzalo – ¿Al váter?

María – ¡Al váter, hombre! ¿Qué les enseñan ahora en los cursos de fontanería?

Gonzalo – Perdone, pero fontanería no era una asignatura de mi máster.

María *(distraída)* – Mi marido tendrá una llave inglesa por alguna parte. ¿Me sigue?

Gonzalo – Lo intento...

María sale seguida de Gonzalo. Vuelve Clara, ahora vestida y bastante arreglada.

Clara – Me ha parecido oír el timbre... Pensé que era Gonzalo. Acaba de mandarme un mensaje para que le recuerde la dirección. ¡Mamá!

Sale. Gonzalo regresa con una caja de herramientas. Se encuentra con Fernando, que aparece.

Fernando – Ah, ya estás aquí...

Gonzalo – Bueno, yo...

Fernando – ¡Pero si es mi caja de herramientas!

Gonzalo – Es que su esposa...

Fernando – Mi madre siempre decía que un buen profesional lleva encima sus herramientas.

Gonzalo – Sí, pero...

Fernando – Entonces, ¿qué tal va el negocio de la fontanería?

Gonzalo – Pues... Bastante tranquilo.

Fernando – ¿Tranquilo? ¡Con las obras que tenemos delante! Yo, que necesito silencio para escribir...

Gonzalo – ¿Qué obras?

Fernando – ¡El nuevo bulevar! Por cierto, ¿sabes adónde lleva?

Gonzalo – Pues... No tengo ni idea.

Fernando – Un bulevar da mucha categoría al pueblo, no digo que no. Aunque me pregunto si esa mujer no lo estará construyendo solo para ponerle su nombre.

Gonzalo – La alcaldesa jamás haría una cosa así...

Fernando – En fin, siempre es mejor tener el nombre en la placa de un bulevar que en un monumento a los caídos, ¿verdad?

Gonzalo – Por supuesto... ¿Podría preguntarle dónde están los baños? Creo que su mujer...

Fernando – Yo también quiero dejar huella. Pero, como no tengo un apellido ilustre, he decidido escribir un libro.

Gonzalo – ¿De verdad?

Fernando – ¿Te gustaría leer el primer capítulo?

Gonzalo – Bueno, ¿por qué no? Aunque...

Fernando – Si le gusta a un fontanero, puede que llegue al gran público, ¿no?

Gonzalo – Sí, supongo... Aunque depende de qué trate...

Fernando – En realidad, son... mis reflexiones sobre el mundo de hoy.

Gonzalo – Ah, ya...

Fernando – Por ejemplo, joven amigo, he descubierto una verdad que pocos conocen.

Gonzalo – Tengo curiosidad por oírla...

Fernando – Los políticos de izquierdas y de derechas no paran de hablar del Pueblo. «El Pueblo quiere esto», «el Pueblo exige lo otro». Pero ¿quién es exactamente ese Pueblo?

Gonzalo – Sí... ¿Qué es?

Fernando – ¡Muchacho, el Pueblo no existe!

Gonzalo – ¿No?

Fernando – ¡El Pueblo somos tú y yo!

Gonzalo – Claro...

Fernando – El Pueblo no es más que la suma de los idiotas que andan por la calle. O que conducen por la carretera.

Gonzalo – ¿De verdad?

Fernando – Créeme, yo he conocido a mucha gente. Y he visto a muchísimos idiotas, pero al Pueblo no me lo he encontrado jamás. Eso es lo que quiero contarles a mis lectores.

Gonzalo – Bueno, es decir...

Fernando – A mi edad, uno quiere transmitir a los jóvenes lo que la vida le ha enseñado. Compartir su experiencia, ¿me entiendes?

Clara entra y ve a Gonzalo.

Clara – ¿Gonzalo? Pero, ¿qué haces con esa caja de herramientas?

Gonzalo – No estoy muy seguro... Es que tu madre...

Fernando – ¿Gonzalo? ¿Conoces a este joven, cariño?

María entra.

María – ¡Gonzalo! ¡Qué vergüenza! Te había confundido con el fontanero... Habrá sido por ese peto. Mi hija acaba de decirme...

Gonzalo – No se preocupe. Si quiere, puedo echarle un vistazo al váter de todas formas.

María – ¡Por favor, ni hablar! Fernando, por Dios, guarda esa caja de herramientas...

Fernando – Ahora mismo. Y no olvides lo que te he dicho, joven.

Fernando sale con la caja de herramientas.

María – Perdona el malentendido. ¿Te apetece beber algo, Gonzalo? ¿Una naranjada? ¿Una limonada? ¿Un refresco?

Gonzalo – No, gracias, de verdad.

María – Bueno, chicos, os dejo solos. Tendréis muchísimas cosas que contaros después de tantos años...

Gonzalo – Sí, ya casi quince años, ¿no?

María – Os dejo...

María sale. Silencio incómodo.

Gonzalo – Perdona, mi madre insistió en que viniera.

Clara – La última vez que te vi, llevabas un vestido.

Gonzalo – ¿Ah, sí?

Clara – En la función de fin de curso del colegio. Montamos Romeo y Julieta y faltaban chicas. Tú hacías de Julieta. ¿Seguiste con ello?

Gonzalo – No, ya ves. Mi madre soñaba con verme con sotana, y he acabado con peto. Algo es algo.

Clara – Me refería al teatro...

Gonzalo – No, el teatro también lo dejé. De momento.

Clara – Luego te fuiste a estudiar Empresariales fuera, ¿no?

Gonzalo – Era lo que quería mi madre. Bastante disgusto se llevó ya cuando decidí no entrar en el seminario. ¿Y tú?

Clara – Estudio Derecho. Pero lo que preparo de verdad es la revolución anticapitalista y ecologista.

Gonzalo – Ah, eso también está bien.

María entra con una bandeja con dos vasos, una botella y un plato.

María – Os he traído algo para picar. Un poco de embutido. Con tanto tiempo fuera, Gonzalo, seguro que lo has echado de menos.

Gonzalo – En efecto...

María *(con una sonrisa cómplice)* – Bueno, os dejo...

Nuevo silencio incómodo.

Clara – Perdona a mi madre.

Gonzalo – No, no, es muy amable de su parte.

Clara – Anda, no te cortes. Coge un poco de embutido.

Gonzalo – Gracias, pero... soy vegetariano.

Clara lo mira con los ojos como platos.

Clara – ¿Eres gay?

Gonzalo – Hay vegetarianos heterosexuales, ¿sabes?

Clara – No muchos que se vistan de Julieta, se vayan al extranjero y vuelvan con un peto así.

Gonzalo – Por eso me sorprendió que tu madre insistiera tanto en que viniera a cortejarte.

Clara – Son todavía más idiotas de lo que pensaba.

Gonzalo – Bueno, entonces, ¿qué hacemos?

Clara – Está claro que no vamos a comprometernos hoy, como soñaba mi madre. Mejor para ti, porque últimamente mis novios no paran de morir de forma violenta. He perdido a cuatro en un mes: Djamel, Kevin, Carlos y ahora Karim...

Gonzalo – ¡Vaya selección internacional de fútbol! ¿Y cómo murieron tus cuatro fichajes?

Clara – Envenenamiento, electrocución, accidente de coche, picadura de escorpión... Empiezo a pensar que soy una mujer fatal.

Gonzalo – Una razón más para mantener las distancias. Aunque tendré que quedarme un rato. Tu madre se extrañaría si me marchara tan pronto.

Clara – Ven a mi habitación y jugamos a algo. ¿Qué prefieres? ¿Ajedrez, Monopoly, la oca...?

Gonzalo – ¿Tienes un Scrabble?

Ambos salen. María entra.

María – ¡Ya están en el dormitorio! Esto empieza bien. Supongo que en la familia de la Vega, cuando un chico deja embarazada a una chica, tiene la decencia de casarse con ella...

Se oye el timbre.

María – Esta vez debe ser el fontanero. Voy yo...

María sale y vuelve acompañada del inspector Colomo, que lleva una maleta de mano.

María – Pase por aquí. ¿Le enseño el cuarto de baño?

Colomo – ¿El baño? Tal vez después. Soy el inspector Colomo, de la policía.

María – ¿Inspector?

Colomo – Quería hacerle unas preguntas relacionadas con una investigación...

María – Ay, perdone, inspector. Lo he confundido con el fontanero. Será por la maleta... ¿Le pongo un café?

Colomo – Gracias, pero de servicio nunca tomo café. Si tiene un whisky...

María – Un whisky, claro que sí.

Colomo – Sin hielo, por favor.

María – Se lo traigo enseguida, inspector.

María sale. El inspector examina el salón con aire desconfiado.

Colomo – Estas casas de gente acomodada siempre me dan mala espina. Desconfío de la clase media. Hay más asesinos en serie entre los que pueden permitirse un poco de ocio que entre los millonarios o quienes no llegan a fin de mes. Matar por placer debe de ser un entretenimiento de quienes tienen suficiente dinero para aburrirse, pero no el bastante para encontrar algo mejor que hacer. En fin, probemos ese whisky...

María regresa con un vaso y se lo entrega.

María – Aquí tiene, inspector Colombo. Sin hielo.

Colomo – Colomo.

María – ¿Cómo dice?

Colomo – Colomo. Sin la be. Inspector Colomo.

María – Ah, perdón.

Colomo – Gracias.

Vacía el vaso de un trago y pone cara de disgusto.

María – ¿Le traigo otro, inspector?

Colomo – No, gracias. Casi habría preferido el café. ¿Qué tal está su café?

María – ¿En qué puedo ayudarle, inspector?

Colomo – Se trata de un asunto delicado... De un crimen, señora.

María – ¿Ya sabe lo de Karim?

Colomo – ¿Karim? No... ¿Quién es Karim?

María – El novio de mi hija. Hoy me he enterado de que ha muerto. ¿Viene usted por eso?

Colomo – No, señora. Mi visita se debe a otra cosa.

María – Perdone, no sé ni lo que digo... Dígame, inspector, ¿quién ha muerto?

Fernando entra y escucha las últimas palabras.

Fernando – ¿Alguien ha muerto?

Colomo – En efecto, señor. O, por decirlo con mayor precisión policial, ha fallecido.

Fernando – ¿Y cuál es la diferencia?

Colomo – «Fallecido» suena más definitivo que «muerto». Más oficial, por lo menos.

María – ¿Podría ser más preciso, inspector?

Colomo – Verá. Los obreros que excavan los cimientos del nuevo bulevar han encontrado un cadáver.

María – ¡Un cadáver! Oh, Dios mío...

Colomo – Para ser exactos, han encontrado algo que dejó un cadáver.

Fernando – ¿Algo que dejó un cadáver? ¿Un testamento?

María – Querrá decir unos restos humanos.

Colomo – Es un poco más complicado que eso, en realidad.

María – Pero vamos a ver, ¿de qué está hablando, inspector?

Colomo – Me refiero al vacío que deja una persona al desaparecer.

Fernando – Sé muy bien de qué habla. Mi madre desapareció hace unos años y dejó un vacío enorme.

María – ¿Encontraron un cadáver, sí o no?

Colomo – Más exactamente, encontramos una huella.

Fernando – ¿Una huella? ¿En los cimientos?

María – ¿Y cómo saben que es de un muerto?

Fernando – ¡No tiene sentido!

Colomo – Una huella de considerable tamaño. Parece de una mujer. Una mujer bastante corpulenta, por cierto.

María – ¿Y qué le hace pensar que es un crimen?

Colomo – Por experiencia, la gente no suele suicidarse metiéndose en un bloque de cemento con un destornillador clavado entre los omóplatos.

Fernando – ¡Un cadáver emparedado en cemento, aquí, en nuestro pueblo! ¿Adónde vamos a llegar? ¡Esto no es una película de gánsteres!

María – Hasta ahora, era un pueblo tranquilo.

Fernando – Me pregunto si realmente es una buena idea construir un bulevar aquí.

María – ¿Y cuál es la identidad de la víctima, inspector?

Colomo – La policía científica está investigándolo. Todavía no hemos podido identificar a la víctima. Por eso he venido.

María – ¿De verdad?

Un silencio.

Colomo – Señor Blanco, ¿cuándo vio a su madre por última vez?

Fernando – Desapareció hace algunos años.

María – El Día de la Madre, exactamente. Mi marido ya había comprado un ramo de flores y, al final, me lo dio a mí. Es el único que me ha regalado en toda su vida.

Fernando – Nunca encontraron el cuerpo. Pensamos que pudo ser un accidente. Quizá un ahogamiento...

María – O una desaparición voluntaria.

Fernando – ¿Me está diciendo que a mi madre la han encontrado dentro de un bloque de cemento, con un destornillador clavado en la espalda?

Colomo – Es difícil decirlo todavía... Pero permítame hacerle una pregunta.

María – Estamos totalmente dispuestos a colaborar con la policía, inspector.

Fernando – En nuestra familia, colaborar con las autoridades siempre ha sido un deber sagrado. Incluso en las épocas más difíciles.

Colomo – Además de su madre, ¿ha echado en falta últimamente algún destornillador, señor Blanco?

Fernando – Depende. ¿De estrella?

Colomo – Afirmativo.

Fernando – Pues sí. Cuando guardé la caja de herramientas que mi mujer le había dado al supuesto fontanero, que resultó ser el hijo de la alcaldesa, vi que faltaba uno. Precisamente uno de estrella.

Colomo – Entonces, señor Blanco, me temo que aquel destornillador de estrella fue la extremaunción de su madre.

María – ¡Oh, Dios mío, qué horror! ¡Qué espantoso! ¡Pobre suegra...!

Colomo – ¿Alguien en su familia tenía motivos para desear la muerte de su suegra, señora Blanco?

María – Mire, inspector... Es una familia como cualquier otra. En esta casa, todos queremos matar a alguien al menos una vez al día. Así que a una suegra, ya se imaginará...

Fernando – ¿Tienen un retrato robot de la víctima?

Colomo – Tengo algo mucho mejor, créame...

Colomo abre la maleta y saca un busto con un destornillador clavado por detrás.

María – ¿Qué es eso?

Colomo – Un molde.

Fernando – ¿Un molde?

Colomo – Mejor dicho, una reproducción en yeso. En la jerga policial lo llamamos «vaciado».

Fernando – ¿Un vaciado?

Colomo – Hemos rellenado el vacío que dejó su madre. Si es que se trata de su madre, claro.

Fernando – ¿Un vaciado? ¿Como los de Pompeya?

Colomo – Solo que aquí, en vez de lava, fue cemento lo que cubrió el cuerpo antes de que se mamificara.

María – Querrá decir «momificara».

Colomo – Los técnicos de la policía llenaron el hueco de yeso. Por supuesto, esto es una reproducción a escala.

María – Pues les ha quedado estupendo. ¿Verdad, Fernando?

Colomo – ¿Este busto le parece familiar?

Fernando – Es difícil saberlo. Nunca había visto a mi madre convertida en busto.

Colomo – Bueno, no quiero presionarlos... Entiendo que estén conmocionados. Tómense su tiempo. Si recuerdan algo...

María – ¿Quiere decir que... nos va a dejar esta cosa espantosa?

Colomo – No se preocupen. Hemos hecho varias copias para la investigación.

Fernando – Si realmente es mamá, al menos tendremos un recuerdo de ella, ¿no crees, cariño?

Colomo – No hace falta que me acompañen, sé el camino.

El inspector sale por el lado contrario al que entró. Fernando y María contemplan el busto, desconcertados.

Fernando – Se parece mucho a mi madre, ¿no?

María – ¿Tú crees?

Fernando – ¿Has visto? ¡Es impresionante! Parece que nos mira y quiere decirnos algo.

Colomo vuelve a entrar por la misma puerta por la que se había ido.

Colomo – Perdón, creo que la salida es por el otro lado... Por cierto, he descubierto algo que podría interesarles.

Fernando – ¿Sí?

Colomo – Tienen una fuga de agua en el cuarto de baño.

Colomo sale.

Fernando – Hay algo... en la nariz... ¿No crees?

María – Sí, quizá...

Fernando – Es increíble... Parece que te está mirando a ti.

Suena el timbre.

María – Espero que esta vez sea el fontanero.

Fernando coloca el busto en un mueble, bien visible, y lo observa.

Fernando – Mamá, ¿quieres decirme algo?

María entra con Alejandra de la Vega (en otra distribución, el personaje puede ser Alejandro).

María – ¡Fernando! La señora de la Vega está aquí.

Fernando – ¡Señora alcaldesa! No la esperábamos tan pronto.

Alex – Perdonen la visita fugaz. Tengo compromisos esta tarde, pero estaba viendo las obras del bulevar y he aprovechado para pasar a saludar.

Fernando – ¡Es bienvenida en nuestro humilde hogar, señora!

Alex – Espero no interrumpir, ¿verdad?

Fernando – Al contrario, nos honra con su visita. La invitamos al té, pero también podemos ofrecerle un café. O un aperitivo, si lo prefiere.

María – Fernando, ve a buscar algo de beber.

Alex – Muy amable, pero tengo una reunión municipal dentro de una hora. Y si llego con un par de copas de más...

María – Por favor, tome asiento. Seguro que tiene cinco minutos, al menos.

Se sientan.

Alex – Hace tiempo que quería conocerlos. Nos cruzamos a veces en el mercado, sobre todo en campaña, pero nunca habíamos hablado. Me dicen que fabrican pipas.

María – Sí, bueno, principalmente mi marido.

Fernando – Los Blanco llevamos fabricándolas, de padres a hijos, desde 1824.

Alex – Una tradición familiar, sin duda.

María – De ahí nuestro lema: «La Casa de las Pipas. Dando en el Blanco desde 1824».

Alex – Ah, muy ingenioso... Mi hijo Gonzalo está aquí, ¿verdad?

María – Sí, está con mi hija. Creo que están jugando al Scrabble...

Fernando – Estudió negocios, ¿no es así?

Alex – Me habría encantado que se hiciera sacerdote. A los trece o catorce años parecía decidido. Estaba muy unido al párroco, hasta que aquel santo varón fue destinado de repente a otra iglesia por orden de sus superiores.

Fernando – Se empieza pensando en abrazar el sacerdocio y se acaba abrazando al sacerdote...

María fulmina a Fernando con la mirada.

María – En cualquier caso, estamos encantados de que Gonzalo se lleve bien con Clara.

Alex – Sí, yo también. Sobre todo porque no suele relacionarse mucho con chicas... A veces uno se pregunta si no será un poco...

María – Tímido. Sí, en efecto, esa es la impresión que me dio. Cuando llegó, lo tomé por el fontanero y no se atrevió a corregirme.

Fernando – Enhorabuena por el bulevar, señora alcaldesa. Hasta ahora, nuestro pueblo no tenía ninguno.

Alex – Ya ve. Era una carencia imperdonable. Un bulevar es lo que distingue a un pueblo grande de una ciudad pequeña.

Fernando – Y, como las obras se van a comer un trozo de nuestro jardín, supongo que será nuestra nueva dirección.

María – ¡Es verdad! Qué ganas de conocer nuestra nueva y distinguida dirección. ¿Ya ha decidido cómo se llamará el bulevar?

Alex – Bueno... Un concejal ha sugerido «Bulevar Alejandra de la Vega».

María – ¡Qué bien suena para un bulevar!

Fernando – Que a uno le pongan su nombre a un bulevar, y en vida... Yo me conformaría con una calle.

María – O un callejón. «Callejón Fernando Blanco» también suena muy bien.

Alex – Estamos en campaña. Si hacen un donativo para financiarla, quizá podamos poner su nombre a un callejón sin salida. Por los servicios prestados al municipio.

Fernando – ¿Lo dice en serio?

Alex – Depende de la cifra que pongan en el cheque, naturalmente. ¿Prefiere una plazoleta o un pasaje?

Fernando – No sabía que fueran a abrir más calles en el pueblo.

Alex – Siempre podemos cambiarle el nombre a una calle pequeña dedicada a algún héroe al que ya nadie recuerda. Hay que modernizarse.

Fernando – ¿Y por cuánto saldría una placita a mi nombre?

Alex – ¡Dios mío...!

Suena el móvil de Fernando.

Fernando – Perdonen un momento. Sí... Sí, soy yo. La Casa de las Pipas...

Fernando sale.

María – No sé si debería hablar de esto ahora, pero... me temo que mi marido está a punto de cometer una gran tontería.

Alex – No se preocupe. Si es cuestión de dinero, por menos de diez mil euros puedo conseguirle hasta una condecoración.

María – Ah, no hablo de eso. Por desgracia, es mucho más grave...

Alex – ¿La engaña?

María – Sospecho que tiene una aventura con su uróloga. Pero no es ese el problema que más me preocupa.

Alex – No estoy segura de querer oírlo... ¿Por qué no se confiesa? A los curas les encantan esas historias escabrosas.

María – ¡Fernando quiere vender La Casa de las Pipas por cuatro duros!

Alex – ¿En serio?

María – Me pregunto si no habrá detrás algún grupo de inversores. Hoy compran las pequeñas empresas familiares, mañana nuestro pasado. ¡Y no voy a permitir que se lleven el orgullo de la artesanía local: La Casa de las Pipas!

Alex – Admirable defensa de nuestras tradiciones, María. ¿Y qué podemos hacer?

María – Avisar a la policía... Pedir que lo incapaciten... Tiene un testamento a mi favor, pero ¿y si lo cambia?

Alex – Conseguir una incapacitación no es tan sencillo.

María – Ya... Enviudar sería mucho más fácil. ¿Y si los servicios secretos lo eliminaran por razones de Estado? Seguro que ya se ha hecho antes. ¡Estamos hablando de un patrimonio histórico!

Alex – Hablaré con el jefe de la policía local. Se lo prometo.

María – Gracias, señora alcaldesa.

Alex *(mirando el busto)* – Qué curioso... ¿Y esa estatua? Nos mira como si estuviera viva. ¿Es algún antepasado suyo?

María – Mi suegra...

Alex – Qué extraño tener un busto de la suegra en el salón.

María – Sí... A mí también me gustaría tener uno de mi marido.

Fernando regresa.

Alex – Justamente hablábamos de usted. Su mujer me ha dicho que piensa dejar la actividad. Sería una gran pérdida para el municipio. Las pipas que se fabrican aquí son famosas y dan prestigio a nuestro pueblo.

Fernando – Por desgracia, los negocios ya no son lo que eran.

Alex – ¿Ya encontró un comprador?

Fernando – Todavía no. Las pipas artesanales no entusiasman precisamente a los grandes inversores.

Alex – Y, por muchas nuevas tecnologías que metamos, es difícil presentar una fábrica de pipas como una empresa emergente.

Fernando – Ya casi nadie compra pipas. Fumar tiene mala prensa. Si a usted se le ocurre cómo aumentar las ventas...

Alex – No sé... ¿Una pipa electrónica?

María – ¡Eso sí que es una idea! ¿Verdad, Fernando?

Alex – Bueno, debo dejarlos...

Fernando – ¿Ya se va? Quería enseñarle mi colección privada.

Alex – ¿Una colección de cuadros?

Fernando – ¡Mi colección de pipas!

Alex – Otro día me enseñará sus pipas, señor Blanco. No puedo hacer esperar al pleno municipal. Pero acuérdese de mi propuesta.

María – La acompañamos hasta la puerta...

Los tres salen. Gonzalo y Clara regresan.

Clara – ¿Y ahora qué vas a hacer con el máster en Empresariales? ¿Trabajar para el gran capital?

Gonzalo – No. Por fin he decidido ser yo mismo.

Clara – ¿Vas a salir del armario?

Gonzalo – Voy a apuntarme a una escuela de teatro.

Clara – ¡Vaya! Eso sí que es salir del armario...

Gonzalo – Me pregunto cómo se lo tomará mi madre.

Clara – ¿Y qué dijo cuando le contaste que eras vegetariano?

Gonzalo – Todavía no me he atrevido a decírselo.

Clara – Bueno, me has convencido. No volveré a comer carne.

Gonzalo – Los mataderos son campos de exterminio creados por una especie que se cree superior. Para mí, comer carne es colaborar con la matanza.

Clara – Tienes razón...

Gonzalo – Si te interesa, participo en un grupo que organiza acciones contra quienes maltratan a los animales.

Clara – ¿Acciones violentas?

Gonzalo – La violencia es la que sufren los animales, Clara.

Clara – Lo pensaré. Pero yo tengo una visión más global de los problemas. Milito en el Frente Nacional de Izquierdas.

Gonzalo – Las terneras y las gallinas también necesitan que alguien las defienda.

Clara – Y los obreros. Son ovejas que obedecen a los perros por miedo a que se los coman los lobos.

Gonzalo – Si el ser humano quiere dejar de ser un lobo para los demás, tendrá que empezar por dejar de maltratar a los animales.

Clara – Bueno, también ha habido dictadores amantes de los animales, y eso no me tranquiliza demasiado.

Fernando regresa con María.

María – ¡Gonzalo! Tu madre estuvo aquí hace un momento. ¿No me digas que tú también te marchas ya?

Gonzalo – Volveré, señora Blanco... Aunque solo sea por la revancha.

Fernando – ¿La revancha?

Gonzalo – Su hija me ha ganado al Scrabble. Tiene mucho vocabulario.

María – Quédate a comer. Después podrás hablar de negocios con mi marido, entre hombres, fumando un buen puro... O una buena pipa, mejor dicho.

Fernando – Ahí, ahí. Una buena pipa.

María – Tú has estudiado Empresariales, y a Fernando le vendrían bien ideas nuevas para sacar adelante La Casa de las Pipas.

Gonzalo – Muy amable de su parte, pero no quisiera molestar.

María – Los jueves comemos cualquier cosa. Es el día libre de la asistenta. Hay carne fría para todos.

Gonzalo lanza una mirada significativa a Clara.

Gonzalo – Quizás en otra ocasión.

María – Perdona, había olvidado que eres vegetariano. Si quieres, te preparo otra cosa.

Gonzalo – No se moleste por mí.

María – ¿Una ensalada? Comes ensalada, ¿no?

Clara – Mamá...

Fernando – ¿Por lo menos se divirtieron?

Clara – Hemos hablado. Gonzalo me ha convencido de hacerme vegetariana. Tiene una teoría interesante sobre lo que les hacemos a los animales.

María – Vaya, interesante...

Clara – Te acompaño, Gonzalo...

Gonzalo y Clara salen.

Fernando – Ahora que lo pienso, no sé si ese chico le conviene a nuestra hija.

María – ¿Preferías a ese Karim?

Fernando – No, claro que no. Por cierto, hace tiempo que no lo vemos, ¿no?

María – Ni volverás a verlo, créeme... ¿Sabías que Clara se ha afiliado al Frente Nacional de Izquierdas?

Fernando – No te preocupes, ya se le pasará. A los veinte años todos queremos cambiar el mundo.

María – Pues yo no. Soñaba con ser reina de la belleza.

Fernando – Al menos llegaste a reina de las fiestas del pueblo.

María – ¿De verdad estás decidido a cerrar el negocio?

Fernando – Hasta he puesto un anuncio en el periódico para comunicar el cierre, mientras encuentro comprador. *(Le entrega el periódico.)* Anda, léelo.

María *(leyendo)* – «LA CASA DE LAS PUTAS. LIQUIDACIÓN POR CIERRE. PRECIOS ESPECIALES. ATENCIÓN PERSONALIZADA. MÁXIMA DISCRECIÓN».

Fernando – ¿Las putas? *(Le arrebata el periódico.)* ¡Pero si yo puse «La Casa de las Pipas»! ¡Solo han cambiado dos letras!

María – ¡Y ya nos han convertido en proxenetas!

Fernando – No veo otra forma de evitar la ruina. Y ya no tengo veinte años para empezar de cero.

María – Pero si Clara se casara con Gonzalo... Tiene un máster en Empresariales. Quizá esté buscando trabajo y pueda darle un nuevo impulso a... La Casa de las Putas. ¡Digo, de las Pipas!

Fernando – ¿Tú crees?

María – ¿Por qué crees que organicé este encuentro?

Fernando – Pero todavía no hay boda, ¿verdad?

María – No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que saldrá bien.

Fernando – La intuición femenina... En fin, voy a buscar dónde colgar el cuadro.

Fernando sale. María se encuentra cara a cara con el busto de su suegra.

María – No hace falta que me mires así, ¿eh?

Le coloca un pañuelo encima al busto. Clara regresa.

María – Entonces, cariño, ¿cómo fue?

Clara – ¿El qué?

María – ¡Con Gonzalo! Es muy educado. Y bastante guapo, ¿no?

Clara – Sí... Pero es gay.

María – ¿Gay...? ¿Cómo que gay?

Clara – Mamá, le gustan los hombres.

María – ¿Y eso quiere decir que no le gustan las mujeres?

Clara – Significa que es homosexual. No sé cómo explicártelo más claro.

María – No te precipites. Entiendo que estés decepcionada, pero nadie es perfecto. Que prefiera a los hombres no significa necesariamente que no le gusten las mujeres, ¿no?

Clara mira a su madre con desesperación y sale.

María – ¡Dios mío! El hijo de la alcaldesa... ¡Homosexual!

Suena el timbre. María va a abrir y regresa con Colomo.

María – ¡Inspector Colombo! No esperaba volver a verlo tan pronto. Aún no tenemos muy claro que ese busto sea realmente de mi suegra.

Colomo – Me temo que los análisis son concluyentes. Sí, era su suegra. La veo muy afectada...

María – No, no es eso... Aún estoy conmocionada. ¡El hombre con el que quería casar a mi hija es homosexual! *(Suena su móvil.)* Perdone. *(Consulta el mensaje.)* El teléfono no deja de sonar desde que salió el dichoso anuncio. Ahora llama un entrenador de fútbol que quiere encargar una para cada jugador si ganan el campeonato.

Colomo – Pues parece que el negocio empieza a levantar cabeza.

María – ¡Dios le oiga! Últimamente apenas nos hacían encargos... Salvo alguna esposa que quería regalarle una a su marido por Navidad... *(Suena el timbre.)* Disculpe un momento, inspector.

María sale. Colomo echa un vistazo al periódico.

Colomo *(leyendo)* – «LA CASA DE LAS PUTAS. LIQUIDACIÓN POR CIERRE. PRECIOS ESPECIALES. ATENCIÓN PERSONALIZADA. MÁXIMA DISCRECIÓN». Ahora entiendo que no deje de sonar el teléfono.

Alejandra entra hecha una furia, seguida de María.

Alex – ¡Esto es un escándalo! ¡Qué desfachatez! ¡Y pensar que hace un momento su marido decía que iba a financiar mi campaña!

Fernando entra.

Fernando – ¿Señora alcaldesa? ¿Qué ocurre? Parece enfadada...

Alex – ¡Me acabo de enterar de que su hija se presenta contra mí en las elecciones! ¡Eso es lo que ocurre!

María – ¿Clara? Pero, ¿cómo es posible? Debe haber un error...

Alex le planta un folleto electoral delante de las narices.

Alex – Tenga, lea... Clara Blanco, ¿es o no su hija?

Colomo *(leyendo el folleto)* – En efecto. Después de que murieran los cuatro primeros candidatos de la oposición —Djamel, Kevin, Carlos y Karim—, ¡su hija encabeza ahora la lista!

María – Oh, Dios mío, si lo hubiera sabido...

Colomo *(leyendo)* – «Contra las maniobras de la alcaldesa de la Vega, vote al Frente Nacional de Izquierdas, Anticapitalista, Ecologista y Vegetariano». Desde luego, tienen un programa de lo más completo.

María – ¡Esto es imposible! ¡Le teníamos terminantemente prohibido presentarse a las elecciones! Yo no entiendo nada.

Alex – ¡Y esta misma mañana todavía intentaban casar a su hija con mi hijo!

María – Pero estas acusaciones son perfectamente ridículas, ¿verdad, inspector?

Colomo sigue leyendo el panfleto.

Colomo – Según el programa de Clara Blanco, el bulevar De la Vega no lleva a ninguna parte...

Alex – ¿La oposición? Hasta ahora nadie había osado enfrentarse a la dinastía de los De la Vega. Esto no es oposición: ¡es una rebelión!

Fernando – Pues, viendo la suerte que han corrido todos los candidatos de la lista rival, parece bastante peligroso llevarle la contraria a usted...

Alex – ¿Ahora me acusa de asesinato? ¡Son calumnias! ¡Una maniobra para manchar mi nombre y el de mi familia!

Colomo – Bueno, técnicamente, el bulevar termina en la orilla del río. Y allí no hay puente.

Alex – ¿Y qué? ¿Acaso tiene un bulevar la obligación de llevar a alguna parte?

Colomo – Por supuesto que no. Es como una obra de arte: ¿para qué tiene que servir? ¡Precisamente no servir para nada es lo que la hace grandiosa!

Alex – Me ha quitado las palabras de la boca, inspector.

Colomo – No se preocupe, señora alcaldesa. Abriremos un expediente de inutilidad pública y lo cerraremos enseguida. Si todos los bulevares tuvieran que llevar a algún sitio, ¿adónde iríamos a parar?

Alex – Gracias, inspector. ¡Confío plenamente en la justicia! Y, sobre todo, en nuestra policía municipal.

Fernando – De todos modos, un bulevar que acaba en un río no tiene sentido... Lo curioso es que ese río tampoco tiene nombre.

Alex – ¿Perdón?

Fernando – Todo el mundo lo llama «el río». Ni más ni menos. Si tuviera un nombre de verdad, ya nos habríamos enterado.

María – Y, además, nadie sabe adónde va.

Alex – ¿Ahora van a decirme que el río tampoco lleva a ninguna parte?

Colomo – Conozco el río sin retorno, pero ¿un río sin salida...?

María – Pues nadie ha conseguido averiguar en qué río más grande desemboca. A ver si va a resultar que no es un río, sino un canal...

Fernando – Un canal que hizo excavar algún antepasado suyo para dar categoría a este pueblo olvidado de la mano de Dios...

Alex – ¡Pero diga algo, inspector!

Colomo – El asunto es complicado. Empiezo a sospechar que estamos ante una conspiración.

Alex – ¡Una conspiración para desestabilizarme! ¡Para impedir otra victoria de los De la Vega! ¡Un bulevar sin salida! ¡Qué disparate!

Colomo – Hablando de bulevares, señora alcaldesa, esta comedia tampoco parece ir a ninguna parte. ¿Conoce usted al autor?

Alex – La verdad, no...

Colomo – Investigaré también eso. No podemos dejar a semejante demente suelto. Y, para animar un poco esta historia, que empieza a quedarse atascada, le recomiendo que mire este artículo.

Alex mira el periódico que él le entrega.

Alex *(leyendo)* – «LA CASA DE LAS PUTAS»... ¿Cómo? ¿Un burdel aquí, en nuestro pueblo?

Colomo – La verdad es que también nos faltaba eso para pasar de pueblo grande a ciudad pequeña.

Alex – ¿Y ustedes qué tienen que decir, par de proxenetas?

María – Es otro misterio que no consigo explicarme, Alejandra...

Alex – Llámeme señora alcaldesa. No quiero que me relacionen con ustedes. ¡Un burdel! ¡Y precisamente en el bulevar De la Vega!

María – Se trata de un malentendido, se lo aseguro...

Alex – Ya recibirán noticias mías. Y, en cuanto a sus intentos de cazar a mi hijo para esa hija suya, que les quede claro: ¡mientras yo viva, ningún De la Vega se casará con una Blanco! ¡Y menos con una roja!

Fernando – La acompaño a la puerta, querida señora.

Alex sale, seguida de Fernando.

Colomo – Cuatro pretendientes de su hija muertos en circunstancias sospechosas, su suegra encontrada dentro de un bloque de cemento... En este pueblo pasan cosas muy raras, ¿no cree?

María – ¿Raras? ¿Comparadas con qué, inspector?

Colomo – Encontramos sus huellas en la escena del crimen.

María – ¿En el destornillador? ¡Pero si limpié el mango a conciencia! Como hacen los asesinos en las películas.

Colomo – No en el destornillador. *(Le muestra una fotografía.)* Encontramos la marca de toda su mano en el cemento, que aún estaba fresco.

María – ¿Piensa detenerme, inspector?

Colomo – No se preocupe. Conozco la cárcel demasiado bien: he estado dentro. Jamás desearía semejante experiencia para una señora como usted.

María – Es usted un caballero, inspector. *(Se le acerca, insinuante.)* ¿Cómo podría agradecérselo?

Colomo – Diez mil euros en billetes usados, por ejemplo.

María *(decepcionada)* – Muy bien...

Colomo – No es poco, ya lo sé. Pero es más o menos lo que cuesta una condecoración en el mercado negro.

María – ¿Y, por un pequeño suplemento, podría conseguir que mi marido muriera pronto de muerte natural?

Colomo – ¿Por qué no? Acepto encargos fuera de mis horas de servicio. Le prepararé un presupuesto.

María – Siempre es más tranquilizador tratar con un profesional.

Colomo – No siempre he sido policía. Estoy en un programa de reinserción.

María – No sabía que la policía contratara expresidiarios.

Colomo – La policía municipal no es tan exigente. Espero que no le importe.

María – Depende. ¿Qué hizo para ir a prisión?

Colomo – Era fontanero...

María – Eso debería bastar para meter a cualquiera en la cárcel. Y ahora, si no le importa, tengo otro encarguito. *(Hacia el interior.)* ¡Fernando, trae tu caja de herramientas!

María sale con Colomo. Clara regresa con Gonzalo.

Gonzalo – Nuestro matrimonio ya es imposible. Desde que mi madre sabe que te presentas contra ella, para ella los Blanco y los De la Vega son peores que los Capuleto y los Montesco.

Clara – Veo que sigues soñando con Romeo y Julieta... ¿Le has dicho ya a tu madre que quieres hacer teatro?

Gonzalo – Sí.

Clara – ¿Y qué dijo?

Gonzalo – Que casi habría preferido que fuera gay.

Clara – Entonces todavía nos queda alguna posibilidad.

Gonzalo – No...

Clara – En fin...

Gonzalo – Me pregunto cómo acabará esta comedia.

Clara – Sí, yo también.

Gonzalo – Se lo podríamos preguntar al autor.

Clara – Seguro que no se ha atrevido a venir a ver la función.

Gonzalo – Mejor nos vamos. Con un poco de suerte, los pocos ejemplares del Pueblo que hay en esta sala entenderán que la obra ha terminado.

Clara – Ya lo decía yo. Este bulevar no tiene salida...

Salen.

Música final.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Deciembre de 2024

ISBN 978-2-38602-296-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.